

IGNACIO CASIMIRO ROCA

Nació en Guayaquil en 1838.
Hé aquí el nombre de un verdadero poeta; hé aquí un cantor cuyas armonías parecen salidas del fondo de su corazón y que todo en él es ternura y sentimiento.
Nacido únicamente para las letras, jamás la cosa pública ha absorbido su atención.
El Album literario y *La Regeneración*, le contaron como uno de sus fundadores.
Sus primeras estrofas le aseguraron entre sus compañeros el notable desarrollo de su genio.
No puede ponerse en duda la fecunda imaginación de Roca, y la sencillez de sus versos revela la de su carácter.

A MI MADRE

Madre adorada, tu dichoso nombre
Lo pronuncian mis labios con ternura
En mis noches de luto y amargura,
En mis horas de llanto y aflicción;
Cuando inclino la frente con tristeza,
Rendida por un negro pensamiento,
Y desfallece el alma sin aliento
Y pierde su energía mi corazón.

Porque eres de mi vida en el desierto
De la esperanza, solitaria palma,
Que sombra fresca y deliciosa calma
A mi existencia misera brindó;
Porque eres de mi cielo en el espacio
La fulgurante estrella venturosa,
Que con luz apacible y amorosa,
Mi porvenir tristísimo alumbró.

¡Qué fuera ¡ay de mí! sin cariño,
Sin la tierna expresión de tu semblante,
Si mirar no pudiera á cada instante
De tus ojos el fuego celestial!
Si tu grata sonrisa halagadora
No derramase en mi alma la alegría,
Y en mi dolor profundo, en mi agonía,
No encontrase tu amparo maternal.

Ya la luz se eclipsó del alma mía,
Mis dulces sueños rápidos fugaron,
Del corazón las flores se secaron,
Las flores que brotó mi juventud;
De lágrimas pasaron empapadas
Las páginas brillantes de mi historia,
Y de mi fulgida, amorosa gloria,
¡Ay resta solamente un ataúd!...

En mi fatal desgracia y desamparo,
En mi árida existencia dolorida,
Solo me quedas tú, madre querida,
Tesoro de pureza angelical;
Solo me quedas tú, prenda salvada
En el naufragio de mi amor, tan triste,
Única flor que al huracán resiste;
Flor que despide aroma celestial.

Blanco jazmín de púdica belleza,
En cuyo caliz perfumado y santo
Derramaré mi doloroso llanto,
En mis horas de escéptica inacción;
¡Mas que digo!... mis lágrimas ardientes
Al brotar de la fuente de amargura,
Marchitarán tu cándida frescura,
Abrasarán tu tierno corazón.

¡Ay! porque son mis lágrimas de fuego,
Mis lágrimas de sangre, quemadoras,
Que consumen, cual lavas destructoras,
Que vomitara el cráter de un volcán;
Lágrimas ¡ay! que corren solitarias
Sin fecundar la senda de dolores,
Que ya del alma las hermosas flores
Marchitas, secas, sin aroma están.

Mas si es nuestro destino en este mundo
Vivir de la amargura de la pena,
Arrastrando la misera cadena
Del acerbo infortunio, del pesar....
Si apenas ¡ay! nacemos, ya lloramos;
Si es el dolor nuestra fatal herencia
Y pasamos las horas de existencia
En continuo gemir y sollozar;

Si nuestra alma ha de verse despojada,
De sus tiernas profundas afecciones,
Sin poder contemplar sus ilusiones
De la esperanza al plácido fulgor;
Si llevamos oculto aquí en la frente
Un activo, ardoroso pensamiento,
Si el corazón nos sirve de tormento
Y agonía terrible es el amor:

A JERUSALEN

Ciudad de Dios, abímate, confunde
Tu frente real con el impuro cieno;
¡No escuchas ¡ay! cual tempestuoso trueno
La maldición terrible del Señor!
Oculta tu vergüenza entre las llamas,
El polvo y la metralla del combate,
El Dios de las venganzas hoy te abate
Y te niega su brazo protector.

¡Ay! contra ti, Jesús, ha pronunciado
Tristes palabras de exterminio y muerte;
¡Quién al mirar tu desgraciada suerte
Con lágrimas de hiel no llorará!...
El águila orgullosa con sus garras
Te arrancará tus últimos lamentos,
De tus soberbios, altos monumentos,
Solo un montón de ruinas quedará!...

Caiga sobre mis hijos, tú clamaste,
La sangre pura del Mesías divino.
Y á tan horrendo y loco desatino
Tu destrucción el cielo decretó.

LA MUJER LIVIANA

¿Por qué consumes tu vida
Triste, mujer desgraciada,
En los placeres perdida,
De la virtud olvidada?

¿Dónde está del dulce amor
Esa ternura sencilla,
Y ese carmin del pudor
Que pintaba tu mejilla?

¿Qué nube eclipsó en tu cielo
La estrella de la esperanza?
¿Quién te arrebató el consuelo
De tus horas de bonanza?

Dónde aprendiste el idioma
De la libertad profana?

Lloremos, madre, sí, lloremos juntos
Los sinsabores de esta triste vida;
Sigamos esta senda maldecida
Do estamos condenados á sufrir;
Lloremos, sí, que el llanto solo puede
Endulzarnos la copa de amargura;
Que en medio de tan negra desventura
Nos reserva el sepulcro un porvenir.

El caudillo de Roma te ha escuchado
Y contra tí sus huestes apresura,
¡Ay! cuando sepan en la edad futura
Que el rayo del Señor te aniquiló!...

Cuando el viajero por Oriente venga
Á contemplar tus muros abatidos,
Tus altares y templos destruidos,
Tu solitaria afrenta y confusión;
Orgullosa Judá, cuando tus hijos
Sin ley ni patria, errantes por el mundo
Por siempre lloren con dolor profundo
De tu ignominia el hórrido baldón....

Entonces ¡ay!... en tus desiertas calles,
En tus marchitos campos sin verdura,
El silencio mortal y la tristura
Al caminante inspirarán horror....
Y en tus colinas, tributaria reina,
La sombra del profeta, venerada,
Lamentará la suerte desgraciada
Del pueblo predilecto del Señor.

¿Por qué en tus labios asoma
Esa sonrisa liviana?

El candor de tu alba frente
En las vigilias destruyes,
Y tu sangre pura, ardiente,
Con el vicio prostituyes.

Es un sueño, una quimera
La turba de adoradores
Que te sigue por do quiera
Con sus cantos y sus flores

Ellos te obsequian caricias
De amor fingidas promesas,
Y disfrutan tus delicias,
Y te pagan tus finezas!

Sin compasión, ni ternura
En las risas de la orgía
Enlodaron tu hermosura
Con insentada alegría;

Y profanaron tus galas,
¡Arcángel puro de ayer!
Te privaron de tus alas
Para llamarte *mujer*.

En tus venas infiltraron
De corrupción el veneno,
Estúpidos, mancillaron
La pureza de tu seno.

Sobre tí, severa arroja
La sociedad su desprecio,
Se burla de tu congoja
¡Y se acuerda de tu precio!

El coral no resplandece
En tus labios agostados,

MISTERIOS DEL ALMA

Risueña y candorosa tú, á mi lado
Suspirando de amor y de alegría,
Me declaraste anoche, vida mía,
Tu angelical pasión.
Al escuchar las notas de ternura
Con que tu voz acarició mi oído,
Se entusiasmó de gozo conmovido
Mi ardiente corazón.

En tu mano la frente reclinabas
Tu semblante ocultando, ruborosa
Como la fresca, la encendida rosa
Del alegre pensil,
Que entre el follaje de sus verdes hojas
Se esconde esquiva, púdica, lozana,
Negando al sol de su primer mañana
Su hermosura gentil.

Tus labios temblorosos balbuceaban
Entrecortadas frases de cariño,
Avergonzada, como el tierno niño
Que comienza á hablar.
¡Inefables momentos de ventura!
¡Sublimes, misteriosas emociones!
¡Ah! de mi pecho, aquellas impresiones
Jamás podré borrar.

Ufano en mi ilusión, yo contemplaba
Tus formas y tu faz encantadora,
Iluminadas por la dulce aurora
¡Del astro del amor!

Ni una lágrima humedece
Tus párpados abrasados.

Desgraciada, consumida,
No lloras en tu aflicción,
Porque la mujer perdida
¡Ya no tiene corazón!

Cuando duermas solitaria
El sueño eterno, profundo,
No tendrás una plegaria
Sobre tu feretro inmundo.

Ni la esperanza del cielo,
La santa cruz del cristiano,
Abrigará en este suelo
Tu sucio polvo mundano,

¡Qué profunda es tu amargura!
¡Qué tremendo tu desliz!
¡Oh funesta desventura!
¡Pobre mujer infeliz!

Por un destello de la excelsa dicha
Que tu albo seno con su luz bañaba,
Y en tus cabellos de oro reflejaba
Su apacible fulgor.

Te amo, me digiste placentera
Con virginal acento, apasionada,
Y luego.... recelosa.... atormentada
Por triste frenesí....
« En vano con palabras seductoras
Me pintas tu cariño lisonjero,
Tú no me quieres, como yo te quiero,
¡Te olvidarás de mí!... »

Una lágrima ardiente, cristalina,
Rodó por tu mejilla, dolorosa,
Como en el áureo caliz de una rosa
La perla matinal;
Arrebatado entonces, delirante,
Respirando tu aliento de ambrosia,
Enjugué con mis labios, ¡vida mía!
Tu llanto virginal.

« No viertas una gota de amargura
En tu copa de miel, dulce paloma;
¿Por qué á tus ojos la tristeza asoma
Y te quejas así?
Cuando pasen mis años, y al sepulcro
Se acerque, mi existencia consumida,
El último suspiro de mi vida
Exhalaré por tí.... »

Te dije enternecido, en ese instante
Se ocultaba la luna en occidente,
Enviando melancólica á tu frente
Su casto resplandor.

A TI

Hay en tus ojos, criatura,
Un misterio y un encanto,
Un manantial de ternura
Que adórmese mi quebranto.

Hay en tus labios de rosa
Una sonrisa hechicera,
Como el aura cariñosa
De la dulce primavera.

Hay en tu voz argentina
Acentos tan musicales,
Como la nota divina
De los plácidos turpiales.

Hay en tus suaves contornos,
En tu risueño semblante,
Esos mágicos adornos
De la gracia palpitante.

Y en el nacar de tu frente
Un pensamiento dichoso,
Un corazón inocente
En tu seno pudoroso.

Por eso te amo, criatura,
Por tus labios, por tus ojos,
Por tu celeste hermosura,
Por tus púdicos sonrojos;

Porque tu gracia me inspira
Candorosas emociones,
Por eso tierna mi lira
Te consagra sus canciones:

Porque en mi triste desierto
Eres el oasis bendito,
Fanal que alumbra mi puerto,
Dulce sueño del proscrito.

Para tí guardan los mares
Sus melodiosos murmullos,

SERENATA

Tranquila está la noche:
La luna en occidente
Derrama dulcemente
Su pálido fulgor.

Envidiosa, tal vez, como la estrella
Que en la primera tarde fulguraba,
Y á los amantes del Eden miraba
Embriagados de amor.

Los cielos sus luminares,
Las palomas sus arrullos:

Sus cánticos la poesía,
Y su perfume las flores,
La música su armonía,
Su acento los ruiseñores.

Porque eres, niña, mas bella
Que la naciente mañana
Con su purísima estrella
Y sus celages de grana.

Porque eres en mi tormento,
Blanca perla de rocío,
Que mitiga el sufrimiento
Del corazón ¡ángel mio!

Tú no conoces el llanto
Que gota á gota destila
En las horas de quebranto
De la nublada pupila.

Tú no has perdido, criatura,
De tus sueños la inocencia,
No has probado la amargura
Que nos brinda la existencia;

Ni las rosas te han punzado
Con sus agudas espinas,
Y el suelo se halla alfombrado
Por donde alegre caminas.

Blanco arroyo cristalino
Que entre lirios y amapolas,
Te deslizas peregrino
Jugueteando con tus olas.

¡Yo te amo tanto! En la tierra
Eres mi luz y consuelo,
Y mi porvenir se encierra
En tu amor ¡ánjel del cielo!

¡Oh virgen cariñosa!
Despierta á la alegría,
Y escucha la armonía
De tu infeliz cantor.

Yo tengo un instrumento
Que mágico suspira
El canto que me inspira
Tu angelical pasión,
Y abrigo en mi alma ardiente
Un sol para abrasarte,
También para adorarte
Conservo un corazón.

Yo tengo una corona
De rosas purpurinas,
Con lindas clavellinas,
Diamelas y aleli,
Adornaré con ella
Tu candorosa frente,
Y te diré ferviente:
Me muero yo por tí.

Levántate, que ansío
Mirar tus dos luceros,
Radiantes reverberos
Que calman mi dolor.
Recuerda que á tus puertas
Mis lágrimas derramo,
Señora yo te llamo,
Que soy el *trovador*.

¡Ah! duermes olvidada
De tu amoroso dueño,
Y velo yo tu sueño
En triste soledad;
Y llevense los vientos
Mi lánguida querella,
Sin que tu blanca estrella
Me dé su claridad.

Levántate y contempla
Allá en la inmensa altura
El astro de ventura
Que anuncia el porvenir.
¡Levántate! gocemos
En el dormido mundo,
El éxtasis profundo
Del plácido existir

¡Qué encantos, qué belleza!
¡Qué azul el firmamento!
Mi pobre pecho siento
De gozo palpar.
¡Oh tierna virgen pura!
Mi dulce voz te llama,
El corazón que te ama
Te viene á saludar.

Ingrata, no respondes
Con cariñoso acento
Al tétrico lamento
De tu infeliz cantor.
Ya el trino de las aves
Anuncia la alborada,
Olvida prenda amada,
Olvida mi clamor.

Después vendrá serena
La púdica mañana
Con su arrebol de grana,
Sus perlas de cristal,
Su alfombra de esmeralda
Y sus pintadas flores,
Sus gratos ruiseñores,
Su músico turpial.

Adios, adios te digo,
Que triste y solitaria
Se pierde la plegaria
Del gemidor laud!
Mañana cuando ardiente
La blanca luz del día
Despierte á la alegría
Tu hermosa juventud;

Abandonando el lecho,
Al recordar ufana,
Marchito en tu ventana
Verás este clavel;
Entonces, de tus ojos
Brotando tierno llanto,
Dirás con dulce encanto:
Me muero yo por él.

UNA LÁGRIMA

Era una virgen inocente y pura
Cual diáfano destello matutino,
Un ángel de los cielos, peregrino,
La mas perfecta, singular creatura.

Ya no existe.... la flor de su hermosura
La destrozó la mano del destino,
Cuando brindaba en el erial camino
El ámbar de su cáliz, su ternura.

¡Ay! todo se consume y palidece
En el misero suelo del quebranto;
La sonrisa, el amor, todo fenece.

Es la existencia horrible desencanto;
Solo para el que sufre, el que padece,
Eterno es el dolor, eterno el llanto.

JOAQUIN FERNANDEZ CÓRDOBA

Nació en Cuenca en 1829.

Muy joven pasó á Quito, donde emprendió sus estudios, hasta su recepcion de abogado.

Dedicóse al cultivo de la literatura, haciendo notables progresos en ella.

Publicó un tomo de sus poesías, titulado *Ensayos poéticos*; lo que llegó á merecerle los elogios de los hombres mas inteligentes de la capital.

Ha ocupado puestos importantes en su país, debidos á su talento y patriotismo: diputado á los congresos de 1857 y 1858, oficial mayor del Ministerio del Interior y Relaciones Exteriores, y Ministro de una corte.

Fernandez se distingue en la poesía por la fluidez de sus versos, por las imágenes y la delicadeza de sentimientos.

ASESINATO DEL ESPADACHIN ZABALA

EL ESPADACHIN

I

Era Cuenca hace dos siglos
Un panteon de espadachines,
Con sus brujas y vestigios,
Con sus variados jardines.

Creacion viva de España
Heróica cuna del Cid,
Heredó toda su saña,
Tuvo siempre su adalid.

Sus soberbios habitantes
Solo ansiaban prez y fama,
Y soñaban palpitanes
Con sus armas y su dama.

A la espada sin recelo
Se libraban sus querellas;
Y sus golpes en el duelo
Eran hórridas centellas.

Su divisa Dios y el Rey,
Y la esgrima su blason;
El honor era su ley,
Y pelear su diversion.

Sangre humeaba con frecuencia
En las márgenes del rio,
Vertida con insolencia
En salvage desafío.

Por eso que en su corriente
Finge un eco lastimero.
Melancólico, doliente
Cual su nombre el *matadero*.

Y sus bordes pintorescos
Han quedado consagrados,
Con sucesos novelescos
Con recuerdos encantados.

En aquel famoso tiempo,
De esa ruda edad al fin,
Vivió, pues, el mas tremendo
Y feroz espadachin.

Don Félix Joaquin Zabala,
De romántica actitud,
El timbre, blason y gala
De la hidalga juventud.

Talle airoso, faz inquieta,
De color de fresca rosa;
Ceño audaz, pecho de atleta,
Y mirada desdeñosa.

Aire recio y tempestuoso,
Alma de viento y de fuego;
Mas tranquilo, generoso
En las luchas y en el juego.

Por do quier halló mil lances,
Como amigo asaz leal;
Y en amores y percances
Nunca pudo hallar rival.

Perdió toda su fortuna
En fiestas, toros y cañas;
Pero en cambio hasta la luna
Le elevaron sus hazañas.

Faltó al juez, al regidor,
En la plaza muchas veces,
Y su espada fué el terror
De alguaciles y de jueces.

Y á su prestigio asombroso,
Y á la sal de su figura,
Supo unir el noble mozo
El lujo, la compostura.

Frac aurora, calzon grana,
Media carne de cuchilla;
Prendedor de filigrana,
Y zapato de áurea hebilla.

Así pronto la ilusión
De las bellas llegó á ser,
Pues la fama es la pasión,
El iman de la mujer.

Pero al fin enamorado
De una cándida doncella,
Su alma toda la habia dado,
Dejaba todo por ella.

Y cansado de su espada
Pensó ya vivir con juicio,
Ofreciéndola á su amada
De su mano el sacrificio.

SU AMANTE

II

En una casa oculta y silenciosa
De la Merced, habita pobremente,
Una doncella púdica y hermosa,
De faz risueña y corazón ardiente.

Su padre un noble regidor, de lujo,
Murió con gloria en desigual pendencia,
Dejando á su hija sin caudal ni influjo
En lúgubre horfandad, en la inclemencia.

Dolores llama la infeliz doncella,
Cuya oriental belleza nadie iguala;
Flor que entre flores con pudor descuella,
Temprana rosa que aun su olor no exhala.

Noble es su talle, dulces sus miradas,
Ágil la planta, rápido su paso,
De nieve sus mejillas sonrosadas,
Marmóreo el pecho, mórbido su brazo.

Sobre su frente cándida de plata
Vaga el deleite en albos resplandores

Y en su ardiente pupila se dilata
Un rayo de esperanzas y de amores.

Dulce es su boca de coral luciente,
Y su sonrisa angelical cautiva;
Su voz es un suspiro de la fuente,
Mas su palabra es palpitante, viva.

Rico de aromas, negro es el cabello
Que en ondas vuela el cuerpo de marfil;
Negros sus ojos, argentino el cuello,
Y de su faz purísimo el perfil.

Flotante tul con gracia y transparencia
Cubre su seno de jazmín y rosas,
Y se pasma, se turba la existencia
Al entrever sus formas voluptuosas.

Ama el silencio de la noche umbria,
Ama los bosques, el vergel, las flores;
La embriagan los perfumes, la armonia,
La inebrian de la gloria los fulgores.

Por eso que, al indómito mancebo,
Ha cautivado ya su corazón,
Y su hervoroso espíritu de fuego
Fermenta melancólica pasión.

Ama la noche y en su angusta calma
Contempla triste el resplandor de un astro;
La luna llena de inquietudes su alma
Al brillar en sus sienes de alabastro.

Alma oriental, belleza peregrina,
Ama el placer con férvido delirio,
Y por probar los goces que adivina
Sufriera la deshonra y el martirio.....

Tiembla de gozo al escuchar el nombre
Del que idolatra su inocente pecho,
Y nada encuentra superior al hombre
Que su ilusión de amor ha satisfecho.

Mas desde entonces silencioso lloro
Consume su existencia en el retiro,
Y el miedo de perder su sueño de oro
Arráncale suspiro tras suspiro.

Teme que al fin le aprehenda la justicia
Por sus riñas y sendas estocadas;
Ó que un mancebo de mayor pericia
Le saque el corazón á cuchilladas.

Sin brillo entonces la cuencana hermosa
En triste soledad perecería,
Como en el yermo campesina rosa
Sin haber exhalado su ambrosia.

LA CITA

III

Es lóbrega noche
De rígido invierno,

De páramo eterno,
Y un aire glacial
Arrecia la lluvia
Á cada momento,
Con ímpetu el viento
Sacude el cristal.

Miedosas las aves,
De hielo cubiertas,
Inmóviles, yertas,
Olvidan su amor:
Y el cielo cubierto
De nubes errantes,
Dibuja gigantes
Fantasmas de horror.

Sin gente la calle
Se muestra vacía;
Desierta, sombría
La extensa ciudad;
Y sobre la torre
Pausada, tranquila,
La péndola oscila
Con lento compás.

¡Las doce!... los ecos
Repiten su acento,
Cual sordo lamento
De flébil laud:
Mas luego el silencio
Renace profundo,
Aduérmese el mundo
En honda quietud.

No turba ya el aire
Doliente gemido,
Ni el rudo chillido,
Del buho al graznar;
No hay ser que interrumpa
Tan lúgubre calma;
Ni un eco, ni un alma
Se siente vagar.

Y un hombre entre tanto
Asaz misterioso,
Extraño al reposo,
Latiendo de amor;
Escala alto muro,
Convulso, impaciente,
Lanzando una ardiente
Mirada en redor.

Sus trémulos pasos
Despiertan los ecos;
Sus labios resecos,
Suspiran también;
Retiemblan sus miembros
De amor y esperanza;

Mas ciego se lanza
En pos de su bien.

Y al ver el recinto
Que su idolo habita,
Delira, palpita,
Se anuda su voz;
Cual globo abrasado
Se enciende en su fuego,
Cual ángel que luego
Ardiera ante Dios.

Ya piensa que escucha
Su acento sentido;
Ya al blanco vestido
Distingue al trasluz:
Ya aspira su aliento
De flor ambareada;
Ya trémulo nada
En ondas de luz.

Y es ella..... Dolores
Purísima, hermosa,
Cual cándida rosa,
Cual flor del Eden.
Su cuello de nieve
Fosfórico brilla;
Su blanca mejilla,
Su nitida sien.

Se acerca temblando,
Vacilan sus pasos,
Y, al darle sus brazos,
Desmaya su ser.....
Sus labios sonrien
Dulcísimos, rojos,
Se empapan sus ojos,
La ahoga el placer.....

Y el férvido amante
Absorto, inebriado,
La estrecha, abrasado
En ígnea embriaguez.....
Su aliento le quema,
Su voz le cautiva;
La dicha le priva,
Y cae á sus piés.....

Dolores le colma
De tiernas caricias;
Y un mar de delicias
Inunda á los dos:
Suspiran á un tiempo
Mirándose apenas,
Se cuentan sus penas
Con trémula voz.

Y amarse, adorarse,
Sufrir los reveses,

Se juran mil veces
Con honda emocion.
Y juran al cielo
Seguir una suerte,
Su dicha, ó la muerte,
La muerte ó su union.

Ardiendo la hermosa
Amante se siente,
Ardiendo su frente
Cual ígneo volcan :
Y siente deleites
Jamás conocidos,
Fatigas, latidos
De púdico afan.

Y siente un abrazo
Frenético, ciego,
Y un beso de fuego
Sus lábios quemar.
Suspira y se rinde,
Fébril, palpitante,

Cual tórtola amante
Que gime al gozar !!...

Y cae privada
En muelles alfombras,
Mostrando entre sombras
Su blanco perfil....
Y en bello desórden
Ostenta sus rizos
Y un mundo de hechizos
Su cuerpo gentil!...

Mas de repente atronadora suena
Cual trueno súbito imponente voz ;
Tiembla Dolores y en su afan y pena
¡Vallejo! dice, sálvate por Dios.

Salta Zabala cual leon herido
Que, en su despecho, sus entrañas muerde ;
La abraza con dolor, estremecido,
Y en la medrosa poblacion se pierde.

A. C.

Permite, amiga, que al cantar tu dia
Orle tu sien de flores perfumadas,
Y me empape en la luz de tus miradas,
Sediento de ilusiones y de amor.

Deja beber en tus hermosos ojos,
Cual águila en el sol, su dulce rayo,
Y que despues, en lánguido desmayo,
Me inebrie de ventura y esplendor.

Jóven, ardiente, yo tambien poseo
Raudales de amistad y de ternura,
Coronas que ofrecer á tu hermosura,
Y estrofas que entonar á tu virtud.

¿Y quién no canta, venturosa amiga,
Si tiene corazon, lleno de gozo,
Al ver el cielo de tu rostro hermoso,
Rico de luz, amor y juventud?

Sobre tu frente blanca como el hielo
Riela el candor dulcísimo, apacible,
Y se revela el corazon sensible
En tus ojos azules como el cielo.

Se abre en tus labios un jardin de amores
Cautiva al corazon tu niveo cuello,
Y en derredor esparce tu cabello
Eléctricos y dulces resplandores.

La luz que baña tu beldad luciente
Es tan fugaz, tan leve y delicada,
Cual la apacible, lánguida mirada
De la estrella entre nube transparente.

Tierna es tu voz, angelical tu acento ;
Y tu palabra blanda como aroma,
Es un flébil arrullo de paloma,
Una queja dulcísima del viento.

¡Feliz tu esposo que en tu boca apura
Filtros de amor en eternas lazos,
Que sueña con el cielo entre tus brazos,
Y al despertar se embriaga en tu hermosura!

¡Ah! yo su dicha, púdica, infinita,
Y tus virtudes célicas bendigo ;
Recibe, pues, el canto de tu amigo,
Do sin disfraz su corazon palpita.

A. F. C.

No es tu belleza inútil florecilla
Que en el desierto muere sin historia,
Hay para vos un porvenir de gloria,
Te espera un mundo de placer y amor.

En pié, oh amiga, sobre altares de oro
Envuelta en blancas nubes vaporosas,
Tienes que oír, en notas misteriosas,
La voz del génio, el ¡ay! del trovador.

¿Sabes lo qué eres? — En tu limpia frente
De dulces y purísimos albores,
Hierva y se expande en vivos resplandores
Un rayo celestial de inspiracion.

Hincha tus sienas la expresion del génio ;
Hay fuego y sentimiento en tus miradas,
Y el brillo de las almas elevadas
En tu faz palpitante de emocion!

Como un arcángel al cruzar la aurora,
Olas de luz levantas donde pisas ;
Quema tu acento, y sin saberlo, hechizas
Con los acentos de tu dulce voz.

Y una belleza mágica, sensible,
¿No ha de lanzar sus quejas á los vientos?...
Escribe, pues, tus músicos lamentos
En este libro que te ofrezco yo.

Escribe fácil con tu pluma de oro
Altos conceptos, rimas armoniosas ;
Vierte las flores y fragantes rosas
Que escondes en tu pecho virginal.

Viértelas, que la flor del pensamiento
No muere nunca, nunca se marchita,
Y esa es la flor, romántica, exquisita,
Que adorna tu belleza angelical.

TU PINTURA

Una mujer he visto soberana,
De frescos labios, de mirada ardiente,
Beldad que muestra en su lucida frente
Ser de tu génio bella inspiracion.

Su faz radiante de emocion y vida
Animan tintes de carmin y grana ;
Es el ángel que irradia la mañana
Y alumbrá con su faz la creacion.

Sobre la tabla de marfil nevado
En que naciera, tiembla cual la aurora,
Cual la diosa de Páfos seductora
Sobre la concha de tranquilo mar.

De sus ojos de fuego voluptuosos
Viva luz de los cielos se desprende ;
Se embriaga el alma, el cerazon se enciende
Y convulso principia á palpar...

¿Es mujer la que miro ó es un ángel?
Ilusion es acaso de mis ojos?
Abrirse pueden esos labios rojos
Empapados de nectar y carmin?

¿Puede su cuello de marfil hermoso
Ternamente inclinarse sobre el mio,

Cual bella union cargada de rocío,
Sobre el cáliz nevado del jazmin?

Mas ¡ay! que no es real lo que yo veo ;
Ilusion, ilusion es la hermosura,
Es obra de nosotros, es *pintura*
Que no apaga la sed del corazon.....

¿Tú no has visto del sol desprenderse
Rayo puro de vivida lumbre,
Y al instante la fúnebre cumbre
¿Y las nubes en oro teñir?

Así anima la chispa del génio
La materia mas yerta y pesada,
Y es la arcilla, el marfil, ó la nada
La inefable fruicion del amor.

Mas tú, oh amigo, que con diestra mano
Una Vénus celeste has retratado ;
Tú que con noble empeño has arrancado
Sus secretos al arte de Rafael :

Prograsa y vive, oh inspirado jóven,
Mostrando al mundo tu pincel ardiente,
Mientras coloco en tu inspirada frente
Con noble afecto el inmortal laurel.

EN SU PARTIDA

Se fué, se fué sin vacilar un punto,
En medio del estruendo y la algarazara,
Sin que su ardiente júbilo turbara
Ni el ¡ay! mortal de su primer amor.

Se fué, se fué festivo reflejando
En la animada turba de galantes
Los rayos de sus ojos centellantes,
Húmedos de deleite y de placer.

Se fué la ingrata, cantando su victoria,
Sin escuchar mi dolorida queja,
Como el halcón que sobre espinas deja
La víctima que quiso desgarrar.

Y nada, nada contenerla pudo;
Ayes, suspiros, lágrimas sencillas,
Y sobre el tierno amante de rodillas
¡La ingrata mía con desden pasó!

Y yo espirante todavía la amo
Y la bendigo en mi dolor acerbo;

Como al morir, el inocente ciervo
Lame la mano que su seno hirió.

Y mientras yo mis pálidas mejillas
De llanto hirviente sin cesar anego,
Tal vez su frente un ósculo de fuego
Recibe ¡ay Dios! al ruido del festín!...

¡Tal vez su blanco, su flexible talle,
Que, á mi pesar, adoro con locura,
Es el juguete de una mano impura
En los ardientes vértigos del vals!...

Tal vez el vino, que á torrentes corre,
Ha trastornado su febril cabeza,
Y en su delirio un sátiro..... la besa
¡Sin miedo, sin respeto ni pudor!...

¿Y yo, gran Dios, respiro todavía
Sin que mi pecho cual volcán reviente?
Lanza, Señor, tus rayos en mi frente,
¡Acabe mi existencia de una vez!...

JOSÉ MATÍAS AVILÉS

Nació en Guayaquil en 1836.

En 1857, partió para Quito y obtuvo en aquella Universidad su grado en derecho; un año después recibía la investidura de abogado en la corte de justicia de Guayaquil, y en 1861, le contó esta en el número de sus ministros.

Posee bastantes conocimientos en literatura y facilidad para la versificación.

Posteriormente, se consagró á la poesía dramática con tan buen éxito, que una de sus piezas de aquel género, representada en el teatro de Guayaquil en 1862, le mereció los aplausos del público, y el autor fué coronado en aquel acto.

Muy sensible es que no haga uso de su génio para la creación de obras dignas de enriquecer la literatura americana.

A VIRGINIA CARBO DE ICAZA

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO

I

Feliz tú que en espléndida mañana
Impregnada de aromas y armonía,
En tu alma tierna reflejar sentiste
Esa luz celestial que vivifica,
Esa divina llama que depura
Al corazón que de dolor suspira,
Del infinito emanación sublime
Que al fatigado espíritu reanima;
Efluvio misterioso desprendido
De la esencia beatífica y divina,
Destello de la luz indeficiente
Que la tierra ha llamado amor, Virginia.
Tú has sentido sus dulces devaneos,
Sus gratas impresiones y delicias,
Has probado sus goces inefables,
Sin libar de su cáliz el acíbar.

Feliz tú, que abrigastes en tu pecho
Esa pasión que á la mujer deifica,
Ese tierno, sublime sentimiento
Que á los hombres exalta y diviniza:
Sobre tu tersa frente no han pesado
Esas horas terribles de la vida
En que parece que de pena estallan
Del corazón las delicadas fibras;
Esas noches tristísimas de insomnio
En que el alma luchando en su agonía
Se evapora en suspiros y sollozos,
Sin alivio encontrar en su desdicha.
No has vertido esas lágrimas de fuego

Que en silencio quemando las mejillas
Al pecho van rodando lentamente
Y al angustiado corazón calcinan.
Tú no has sufrido como yo he sufrido
De acérrimo dolor la aguda espina;
Tú no has llorado como yo he llorado
En esas noches de infernal vigilia:
Tú, inocente y feliz como los ángeles,
Has mirado este mundo por un prisma,
Y el cielo con sus orbes de topacio,
Y el mar con sus candidas ondinas;
La tierra con sus campos y sus flores
Y el aire con sus zéfiros y brisas;
Todo bello, sublime y misterioso
Ha sido para tí, cara Virginia:
Y al fin ceñiste en tu frente pura
La corona nupcial que amor nos brinda,
Y al hombre que te amaba con delirio
El corazón le diste sin mancilla;
Y un bello niño como tu alma ha sido
El fruto de esta unión por Dios bendita,
Fruto del árbol de tu amor sincero,
Feliz renuevo de tu amor, Virginia.

II

En el umbral de la vida
Hermoso niño has entrado
Y tus manos no han tocado
Las espinas del pesar;
Que aun no conoces el mundo
Con sus farsantes engaños,